



Nos traslademos mentalmente al Calvario

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

Con esta meditación vamos a estar un poco más cerca de Él en su Pasión y en el Calvario, para llegar más preparados a la Pascua. En «*la doctrina de la cruz de Cristo*» (1 Cor 1,18) está la clave de todo el Evangelio. La cruz es la suprema epifanía de Dios, que es amor. Por eso no es raro que la predicación de los apóstoles se centre en la cruz de Cristo. Sin embargo, la cruz de Jesús es un gran misterio, «*escándalo para los judíos, locura para los gentiles; pero es fuerza y sabiduría de Dios para los llamados, judíos o griegos*» (1,23-24). Toda su Pasión nos interesa.

Esta meditación de la Pasión y muerte de Cristo ha hecho mucho bien a las almas de consagrados y fieles cristianos. Cualquier acción de Cristo es motivo de gloria para la Iglesia; pero el mayor motivo de gloria es la Cruz. Así dice San Pablo: «*En cuanto a mí, Dios me libre de gloriarme si no es en la Cruz de Cristo*» (Gál 6,14). Estando en ejercicios con propósito de cambiar nuestra vida, ahora, al contemplar su Pasión, encontraremos motivo y fuerza para intentarlo y con su gracia ¡lograrlo!.

San Ignacio en el coloquio (E.E. nº 53) dice: «*Imaginando a Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz..., considerando como de Criador ha venido hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados*».

Contemplemos al Crucificado desde nuestra condición de pecadores. Podemos haber perdido el sentido del pecado como ofensa a Dios (ya “nada” es pecado), pero, si le miramos bien, veremos la gravedad de pecar. Si alguno de nosotros pensaba que nuestros pecados no tienen importancia, que son poca cosa, debemos mirar despacio al Crucifijo, ver el estado en el que se encuentra Nuestro Señor: «*Cristo murió por nuestros pecados*» (1 Cor 15,3). Los Hechos cuentan que, al oír aquella terrible acusación: «*Vosotros habéis crucificado a Jesús de Nazaret!*», los presentes se sintieron con el corazón traspasado, y preguntaron a Pedro: «*¿Qué tenemos que hacer, hermanos? Pedro les contestó: ¡Arrepentíos!*» (Hch 2,37ss).

«*Qué grave cosa es el pecado, que bastó para matar a Dios con tantos dolores. ¿Adónde podéis ir que no os atormenten?*» (Exclamaciones del alma a Dios 10,1).

No hay que pensar en grandes pecados ni en los peores hombres cargados de odio contra Dios, los que llevaron a Jesús a la cruz no fueron pecados tan graves. A veces pensamos en la Pasión de Cristo como si fuera un teatro, con personajes y pecados distintos a los nuestros, y en realidad bastaron unos pocos pecados, de los que cometemos la mayoría a diario, sin darles importancia, y que son los que pusieron a Jesús en la cruz.

¿Qué pecados llevaron a Jesús a la cruz? La envidia de unos pocos, la debilidad de unos pocos, la cobardía de unos pocos, la indiferencia de unos pocos. Tenemos que tomarnoslo en serio y ver qué graves son los pecados.



Miremos para aprender lecciones del Maestro: La cruz es una cátedra y el crucificado el Maestro. [...] Pero nunca tan Maestro como en la cruz. Allí nos enseña a sufrir, con su ejemplo. Allí nos enseña a orar, porque la cruz crea un clima de oración. Allí nos enseña a perdonar. Allí nos enseña a ser apóstoles, porque allí se comprende el valor de las almas por las que muere. Allí nos enseña a morir, cómo, dónde y cuándo Dios quiera.

¿Nosotros podemos hoy mirarlo como los de su tiempo? Claro que sí, porque «*Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre*» (Heb 13,8). Y nos vendrá muy bien para convertir un poco más nuestro corazón. Nuestra mirada a Jesús Crucificado es una referencia durante todo el año, pero de una manera especial durante estos ejercicios. [...] como dice la Santa:

«Tenía tan poca habilidad para con el entendimiento representar cosas, que si no era lo que veía, no me aprovechaba nada de mi imaginación. Yo sólo podía pensar en Cristo como hombre. Mas es así que jamás le pude representar en mí, por más que leía su hermosura y veía imágenes, sino como quien está ciego o a oscuras, que aunque habla con una persona y ve que está con ella porque sabe cierto que está allí..., de esta manera me acaecía a mí cuando pensaba en nuestro Señor» (Vida 9,6).

Miremos cómo Cristo nos está mirando. ¡Siempre con amor! Dándonos siempre la oportunidad de enderezar el rumbo de nuestra vida. Debemos mirarle y rezar, aunque nos hayamos equivocado. Las lágrimas limpian el corazón. Con ojos de ternura nos mira a cada uno.

«Nunca, quita vuestro Esposo los ojos de vosotras. Haos sufrido mil cosas feas y abominaciones contra Él y no ha bastado para que os deje de mirar» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 26,3).

«Pues si nunca le miramos ni consideramos lo que le debemos y la muerte que pasó por nosotros, no sé cómo le podemos conocer ni hacer obras en su servicio; porque la fe sin ellas y sin ir llegadas al valor de los merecimientos de Jesucristo, bien nuestro, ¿qué valor pueden tener? ¿Ni quién nos despertará a amar a este Señor? Plega a Su Majestad nos dé a entender lo mucho que le costamos» (2Moradas 1,11).

«Miradle atado a la columna, lleno de dolores, todas sus carnes hechas pedazos por lo mucho que os ama» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 26,4).

«Cuando pienses en el Señor, o en su vida y Pasión, acuérdate de su mansísimo y hermoso rostro, que es grandísimo consuelo. Será como un recuerdo suave que cale en tu memoria. Podrá llegar a quedar tan esculpida en tu mente esta imagen gloriosísima, que jamás se borre de ella» (6Moradas 9,14-3).

«Miraros ha Él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores por consolar los vuestros, sólo porque os vayáis vos con Él a consolar y volváis la cabeza a mirarle» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 26,5).



Dice el Catecismo: *«Debemos considerar como culpables de esta horrible falta a los que continúan cayendo en sus pecados. Ya que son nuestras malas acciones las que han hecho sufrir a Nuestro Señor Jesucristo el suplicio de la cruz, sin ninguna duda los que se sumergen en los desórdenes y en el mal "crucifican por su parte de nuevo al Hijo de Dios y le exponen a pública infamia" (Heb 6,6). Y es necesario reconocer que nuestro crimen en este caso es mayor que el de los judíos. Porque según el testimonio del apóstol, "de haberlo conocido ellos no habrían crucificado jamás al Señor de la Gloria" (1Co 2,8). Nosotros, en cambio, hacemos profesión de conocerle. Y cuando renegamos de Él con nuestras acciones, ponemos de algún modo sobre Él nuestras manos criminales»*¹. Esto es muy duro, muy serio, porque nos hacemos culpables cada vez que seguimos renegando de Él, y dándole bofetadas. No lo permitáis más, Señor, dice la Santa.

«¡Oh Padre eterno! mirad que no son de olvidar tantos azotes e injurias y tan gravísimos tormentos. ¿Siempre que tornamos a pecar lo ha de pagar este amantísimo Cordero? No lo permitáis, Señor» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 3,8).

Recordando estas palabras de San Ignacio cuando volvíamos la mente al portal de Belén: *«Como si presente me hallase»,* y en el coloquio (E.E. nº 53) con relación a Cristo crucificado dice: *«Imaginando a Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz, hacer un coloquio, considerando cómo de Criador ha venido hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así morir por mis pecados... y al fin, viéndole de esa manera colgado en la cruz, dejar correr el afecto, expresando lo que se ofreciere».*

†

Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!

¹ Catecismo, N° 589.